

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.

PERIÓDICO SEMANÁL DE BELLAS LETRAS.

PRECIOS DE SUSCRICION.

PARA ESPAÑA.	PARA EL EXTRANJERO.	PARA AMÉRICA.	PARA FILIPINAS.
Tres meses. 10 rs.	Tres meses. 24 rs.	Tres meses. 30 rs.	Tres meses. 40 rs.
Seis meses. 18	Seis meses. 40	Seis meses. 50	Seis meses. 64
Un año. 28	Un año. 76	Un año. 90	Un año. 112

NÚM. 7.

Domingo 12 de Abril de 1868.

UN REAL.

SECCION I.^a

EL INGENIOSO HIDALGO

D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

TERCERA PARTE.

CAPÍTULO IV.

Circuye un corredor alado altísimo toda la redondéz del aposento, sembrado de redomas y adminículos de la hedihóna ciéncia de la mágia, en aquellos, ya negros pergaminos, que muéstra lo interior de aquel armáριο, en su parte mayor ya contenida. Mónstruos de toda clase adórnan sólo la infinita extension de las paredes; y aquel negro mochuelo de fieras espantables dimensiones, que en las garras soporta centellantes aquella inscripcion cúfica encubierta de mortuório capúz, será tu guía si tu valor y saña la avasallan.

— No siga yá su merced, por el bendito San Cucufás, interrumpió Sancho, haciendo pucheritos, si es que aún servirse quiere de esta mi desdichada escudería. ¡Pues, míren que ábre el convite el apetito! ¿Ni, qué tengo yó que ver con esós murciélagos, sápos y avestruces, que vá su señoría relatando!

— Hágote grácia, Sancho, continuó Don Quijote, de todo lo demás de este palácio, y míra que lo siénto á par de muérte.

— Délo, pues, su merced por relatado, engastado, referido y ensartado, pues no ha de ser mas ni menos por mi ignorancia, y vamos al asunto que aquí nos trajo.

En este momento mismo resonó la penetrante voz de un pito, que anunciaba la continuacion de los trabajos; y así como por encanto comenzaron á levantarse muchos, que estaban como difuntos con el sueño, por todas partes; pues así salian por detrás de las tinajas como

entre los montones de maderas; todos súcios, tiznados y mugriéntos, á la fuerza diária del trabajo. Y corrian los más, gritaban algunos y cási á tódos tragaba la desmensurada garganta de una puerta. Ló cuál apenas fué oído por Don Quijote, cuando juzgandó que los encantadores todos de este mundo huían de su aspecto y su brabura, lanzándose como ráyo sobre éllos tódos, exclamó.

«Non fuyades, malsines y menguados, bestiones, maticandelas y antropófagos, que yó sólo vós riépto á la batalla. Non fuyades, cobardes, desuellacaras, fijos de Fierabrás el boticário.

Y sin mas mirar, ni reparar, juzgando volver al mundo á todos los encantados contenidos en los tremendos botes de aquel cláustro, comenzó á tajos, cuchilladas, reveses y estocadas con cuanto por delante se le púso; y así fueron muchas las cubas, tinajas y pipotes que echó á perder, los tarros que horadó y los males que fizo. Y con ésto se encaminó adonde todos se encaminaban, que fué al gran salón de los trabajos, en donde la mayor parte de los operários tenian sus diversos empléos y ocupaciones. Y no es para pintada aquí la abominable fúria del Caballero en presencia del espantoso ruido y giros de las máquinas, al escuchar los silvidos y compasados golpes del vapor, y al sentir y ver por las ventanas los aliéntos de la interminable chimenéa, respiracion y vida de aquel gran mónstruo semoviente que de abrasadas áscuas se mantiene; todas las cuales cosas juntas, y cada una de por sí, confirmaban al Caballero en la tremenda idéa de que iba todo aquéllo y caminaba por la más derecha vía del más formidable encantamento.

— Sancho andaba aturdido por todas pártes dando espantosos gritos, como frenético, cayendo y levantando y dando tumbos por aquel



incomprensible laberinto; mientras el director de aquella fábrica, viendo desbaratada toda su hacienda, rotas las correas conductoras de los diversos movimientos, los conductos hidráulicos de la prensa, y los filtros, refrigerantes, cajas y menesteres mas delicados, no pudiendo contener ya mas su cólera, descargaba sobre el imperturbable Caballero el mas incomprendible diccionario técnico-manufacturero-maquinista que se puede escuchar sobre la tierra.

Por lo que Don Quijote, conociendo que aquél era el Merlin de aquella magia, cayó sobre él tan fiero y denonado, que á no haberse guarecido el hijo del norte, primero en su corbatín y luego en un tubo de grueso y de seguro impermeable, que á modo de nariz elefantina de lo alto á lo bajo conducía cual verdadero conducto de salvamento, de seguro que evita el buen mecánico la vuelta hacia su patria inteligente.

Jamás (dice el Bachiller Avellanado), se vio tal como al presente Don Quijote, que sudaba, cual mar, caliente espuma; en términos que dijo Sancho Panza ser su señor el mas bravo caballero y el mas veráz en todas sus creencias de viles encantadores endiablados.

La gente jornalera, viendo aquella ocasion la mas propicia para salir por sí (pues es sabido que nunca está contenta con su suerte), hallando en Don Quijote un gran pretesto, por más que tal suceso no entendían, tomaronle y le sentaron sobre una silla, llevando otros detrás á Rocinante, y otros á Sancho Panza, que sudaba de pavor, y temblaba como río que conducen al próximo suplicio. Y así diéron la vuelta al aposento, cantando y predicando picardías del señor Director de aquellas máquinas. A lo que contestaba Don Quijote:

— ¿Qué de éso me contáis, brávos caudillos? ¿Cuándo visteis á magos oír misa, ni respetar las cosas de la Iglesia á encantadores, duéndeis ni hechiceros? Mas éso del salario es cosa justa; pues que mientras vós fuisteis redomados, si comer no pudisteis, á lo menos, se os debe lo demás, y el pago es justo. Y, ahora, porque sepáis, no tanto dó por tantos crúeles años enterrados yacisteis, cuanto el inmortal andante Caballero á quien debéis la libertad y vida nueva, «sabredes, mal andados campeones, que yó soy Don Quijote de la Mancha».... «yó quien vós sacó de las tinajas».

— Oír ésto y comenzar á desbandarse el entero auditorio todo fué una cosa mesma; y entonces comenzó el robo y saqueo de aquel utilísimo edificio; pues creyéndole loco al caballero, si por tal los oyentes le dejaron, aprovechar quisieron su locura; que así siempre hizo el mundo. Y en medio del estrépito horroroso que por todas partes á un tiempo se

extendía, el señor Director, junto á las bóvedas, temiendo, y con razon, por su persona, soltó repentinamente aquella manga que de subida única servía; la cual cuando vió con tanto ruido caída el Caballero, comenzó tal riza, guerra, lucha y andanza malísima con élla, que al dejarla hecha añicos, quedó completamente satisfecho de haber hecho gigote al mismo Gólias.

Y, montando á caballo, en un punto salióse por los patios, claustros, y corredores y pasillos, decidido á buscar quien le escuchase, con el objeto grande de remitir siquiera dos docenas de héroes en conserva conservados á la gran Dulcinéa del Toboso, á darla la noticia de tan noble y ruidosa vuelta al mundo. Mas, como en esta tierra fué y es tan general el negro olvido de los favores grandes alcanzados, Don Quijote, no hallando quien le oyese, dejó aquel gran teatro de su hazaña, triunfos y sus glórias, y tomó un caminejo de la selva que todo alrededor aparecía.

Un buen trecho despacio habia andado sumido en sus ideas y el recuerdo de su grande aventura consumada, cuando cayó en la cuenta de habersele olvidado Sancho Panza; y tornando hacia atrás, vió que venia alegre el escudero, mostrando, cual bandera, alguna cosa, que tambien con esfuerzo hubo ganado en la tremenda lucha ya vencida. Traía, digo, en la mano una botella y sobre las costillas de su rucio un monton de mil cosas recogidas, en uno de los trozos del antiguo buzón de salvamento, sobre él cual y las cuáles echado y muy risueño cabalgaba á todo el trotecillo del jumento.

— Ande y ande depriésa, su merced, dijo Sancho en llegando á Don Quijote; que donde su merced el fin encuentra comienza la aventura, como es lo regular, del escudero, por ser siempre trasera su persona. Ande, encargo otra vez, su señoría, continuó Sancho, que árde por todas partes el encantado palacio, y la Santa Hermandad no está durmiendo, y ésto es lo principal de este negocio.

— Y dijo Don Quijote lo que cuenta el capítulo siguiente.

CAPÍTULO V.

De la horrisona aventura del Gigante incontrastable, en la cual casi se vé el rostro de la Señora Dulcinéa.

Hoy es, Sancho, el gran día que tenía la suerte reservado á la gloria suprema del Caballero andante de la Mancha; de hoy mas no ha de quedarle duda al mundo de la alta conveniencia de que viva de nuevo la pasada inmortal caballería. Ves, pues, ya, claramente comprobada, si necesario fuése, la utilidad, acierto, tacto y maña y la sabiduría, sobre todo, de la excelente orden que profeso; y si como soy solo

caballero, otros dos nada mas me acompañaran (que no es cosa excesiva), viéras en una hebdomada, y aún menos, los tiempos retornados, de aquella ya perdida edad de oro, que allá en días mejores antojóme contar á los cabreros.

— Bien está todo eso, Señor mío, dijo impaciente Sancho; pero, por ser tan grave aqúese asunto, désele su lugar, y su aposento, gracia, tono y felice coyuntura, que ha de ser, ó reniego de la vida, la sesuda sazón de sobremesa.

— ¿Despojos tráes, pues, de la batalla?

— ¡Si tráigo, Señor mío! dijo Sancho. ¡Y á no ser por aquésto reventára, con estas tales cosas que acaécen! Y dige en el Palacio yó á mi mismo. Tenéd, Sancho, presente, que siémpre la codicia rompió el sacco, y yó que lé tenia harto vacío, dejando él que buscaban los señores que vuesa señoría ha libertado, procuré por aquéste, que á mi juicio, pocos han de ponérsele delante.

— Esta vez, convenimos, dijo profundamente Don Quijote; que á la póstre y al cabo, despojos éstos són de la batalla, en buena guerra y lícita ganada.

— Convenga llánamente, Señor mío, dijo sacando trástos el buen Sancho, con esto que aquí háy, su señoría, y déje esas legías por ahora.

— Querrás, Sancho, decir genealogías.

— Decir aquéllo quiero, dijo Sancho, que véde, tuérza ó máte esta magnificencia y abundancia que la suérte propicia me presenta, que lo véo, señor, y aún no lo créo, después de tal cuaresma ya pasada.

— Y comenzaron á yantar del buen repuésto que Sancho con su indústria se había procurado; y tomando el escudero una botella, y haciendo cuanto estuvo de su parte para destaponarla, como no pudiese conseguirlo, dijo.

— Sin duda, Señor mío, que debe de alcanzar el encantamento hasta estas pecadoras, segun que son testarudas y mal andantes; pero, á fé que he de seguir el consejo del sábio, que dice, «lo que desatar no puedas cortar es llano».

— Y tomando una piédra descabezó la botella de cerveza, que en la mano tenia, con lo que comenzó á salirse precipitadamente todo el líquido convertido en interminable. espesa y blanca espuma, haciéndolo nadar en él los manjares todos. Viéndolo cuál Don Quijote, enarbolando la espada, y puesto en pié con ronca voz y desencajado róstro dijo:

— Ház allá, vive Dios, Sancho hermano, como véinte pasos, que éstos y mas necesita el enano ó gigante, que ha de aparecer aquí al momento, y en la botella estaba contenido.

— Comenzó Sancho á temblar como perlático, dejándose caer cuánto en las manos, con no poco cariño sugetaba, y oyóse continuado,

hondo rugido con un gemido largo, aunque distante, con que temblaba el monte todo entero: y allá en lo mas lejano, por los espacios pocos que los árboles del silencioso bósque permitian, pasar se viéron sombras voladoras, de manto negro fúnebre vestidas, unas tras otras todas enfiladas, entre nubes de humo caminantes, que es así cual decir un tren en marcha. Y mas acá vagaba una fastasma, como bruja cabal ataviada, á que seguía un chico, que en harapos todo envuelto y escuálido corría. Y exclamó Sancho Panza.

— Otro debe de ser este mundo, Señor mío, que no aquél que pisamos otro tiempo; y sinó, véa su merced que ya las cosas no van por aquel modo y suérte que marchaban, sinó todo por vil encantamento. Y por lo que á mí hace, fué harto el reparar los sayos y ropages de las súcias fantasmas del Palacio. Y ya las calzas pasaron de calzones y llegan á los piés, y tan holgadas que três pueden hacerse de una sola. Con que ya nadie se anda en calzas prietas. Pues cualquiera de aquéllos desventurados podía hacer, no de su capa un sayo, sinó dél hasta una capa; y la montera no la súfre ya ninguno, ni ha de permitir que se lá pongan, sin contar los demás de sus arreos, que no háy quién los tolere en su paciencia. Y una botella hace temblar á todo el mundo, tan sólo con tocarla, y no es mentira; y de élla salen brujos y fantasmas y toda una legión de cachidiábolos.

— El no moverme, Sancho, de este sitio, y quedar, cual me ves, todo suspenso, és no saber, pardiez, que es lo que haga, y á cuál he de acudir de estas diversas y dobles sin igual apariciones, porque en estotro mundo que digiste, tús tús no puede haber, que es perro viejo. Y abrévia Sancho, y cúmpla con tu estómago, que yó no puedo ya de estomagado.

— Pues á fé, dijo Sancho, que por aquí no hay duendes ni fantasmas, y que guisa este mundo que no se ha de encontrar mejor guisado. Y siga y prosiga su merced en este asunto, que á piés llevan las tripas, y que por aquí me las den todas; y que ésta otra pecadora es botella de ley y de casta mas que manchega, y se deja tomar, que es un portento. Y para las ocasiones son amigos, y como éste no hay otro tal en todo el órbe, y nacen ya los marranos sin sus huésos, que solian llevar antiguamente. Y aquí está éste jamoncillo que ha de demostrarlo ánte el Pápa mismo si algun gran bellacón lo desmintiera. Y digo ser este adelanto de gran cuenta, y otro tanto es decir del pavipollo, que puede hacerlo bueno, ánte el gran Tamerlan si es necesario.

— Y mascaba el escudero á dos carrillos, y quedábase mirando al azul ciélo, la botella entre manos, con un contento tal y tan cumplido,

que hasta el espiritual gran Caballero, llevado del ejemplo (que no hay mayor poder sobre la tierra), hubo de caminar por igual senda, y de Sancho al juzgar, no arrepentido.

— Y terminado el opíparo convite, y dispuestos el rúcio y Rocinante, prosiguieron señor y escudero la senda con que habían comenzado. Y dice aquí el coronista de esta historia que fué verdadera maravilla haber Sancho ensillado bien á Rocinante; y que sólo pudo salir de la apretura por la costumbre antigua que tenía. Y se fija para hablar de esta manera en la vía tortuosa y mal trazada que llevó el escudero desde el lugar de la comida hasta Rocinante, lá cuál pudo cortarse por la mitad sin quitarla nada de lo necesario. Y añade, que una vez Sancho á caballo, iba tan risueño y placentero, que le bailaban los ojos y aún el cuerpo, dándosele un ardite las apariciones y fantasmas. Y dijo al cabo.—¡Bendita sea, señor mío, esta nueva vida, quitadas que sean aparte la música del tamborón y la salida de Carapuerca, que fué verdadera salida de pié de banco; y bien haya esta última aventura; porque éstas son las buenas y acétables, que alimentan, nutren y confortan, sin palos, manteamientos, ni candilazos ni azotes.

— Alto ahí, hijo, dijo Don Quijote, que con esa tu última palabra has alumbrado como sol mi nocturno entendimiento. Azotes pusiste, Sancho, á la luz de esos candiles, y estoy para mí que el señor Atapuerca no se atrevió á tanto, ni á dar razón de Dulcinea del Toboso, sólo por no entrometerse en semejantes países, atendidas la gravedad y circunspección de su persona y ministerio. De otra suerte no se explica, ni medianamente, aquella su cólera furiosa, después de sus confianzas y favores.

Ocúrreseme, también, que tú, sáco de malicias y de astucia, y eterno venerador de ese tu cuerpo, que al fin se ha de comer la tierra, aunque á la larga; delicado y melindroso á mas no poder, pudiste muy fácilmente errar la cuenta de los tres mil y trescientos azotes, que sabes tienes á tu cargo, y debes al desencantamiento de Dulcinea, según parecer de Merlin, señor de toda magia negra y blanca.

¡Oiga! dijo Sancho; y ¡qué perdidamente enamorado se anda su merced, que ha olvidado la cuenta corriente de esos azotes, y algo mas que me cuesta el tal desencanto! Sobre que; ¿en qué juicio cave sufrir dos penas por una sola culpa? Pues, además de los alfilerazos de las dueñas (cosa superior á todo encarecimiento), y no sé que pellizcos y mamonas; ¿no es cierto que me azoté por aquellos bósques de márras, más y muy más de lo necesario, y aún ha de sobrar vapuleo en favor mío, según que lo oyó su señoría?

— Oílo y no vílo, Sancho, y aquí está el daño; y la palabra de Merlin no tiene réplica, ni de dueñas ni de gente de este mundo.

— Cogido le tengo á su merced, replicó Sancho; pues no hay dueña que no sepa más que Merlin; y aún sin ser dueña, basta que sea muger para estas cosas que llevan derecho camino de encantamiento.

— Páso por todo eso buénamente, contestó Don Quijote; pero aún así es lo cierto que Dulcinea no aparece ni podemos saber su paradero, ni, á lo que veo, está pronta á aparecer, como debió en el momento en que fué dado á mi persona retornar á esta vida aventurada. De lo cuál infiero, que, ó no te azotaste, ó azotaste mal, ó hubo error de cuenta ó suma; y sabido es que cuenta errada no vale. A mas de esto, recuerda bien que fué harto atropellada tu azotaina, y por eso de poca probabilidad en tu favor; pues qué en corto plazo hiciste mucho, y quien mucho abarca aprieta poco.

Noté, asibien, que no te adoleciste, como era de razón, apesar de lo chillón que eres, y de la razonable carga que debiste llevar en donde decir no es preciso. Por todo lo cuál es menester que repases tu conciencia, y veas si al vapularte hubiste equivocacion con alguna haya, ó róbile, que te usurpasen algo de tu gloria y mérito; pues que ambas cosas se estiman por el sufrimiento y trabajo con que se alcanzan; antes que yo haga en tí la prueba, y mediante el efecto que vea te producen unos cien ó docientos azotes de mi buena mano, sáque cuenta y razón exactas del efecto que en tí producir debieron esos miles que tienes á tu cargo. Y no hablemos de aquellos alfilerazos, mamonas y aquellas otras niñerías, que fueron en pliego y partida separadas, y tan sólo en provecho de la Señora Altisidora, gracias á tu ternura y misericordia para mondar y barrer aquellos frondosos rostros femeninos.

— ¡Cuerpo de mi padre! repuso Sancho; ¿y qué tendrán que ver estas mis carnes, y las mayores y mejores de todas las mías, con la Señora Dulcinea?

— No hay fiarse en eso, Sancho, interrumpió Don Quijote; pues siempre debe haber fiador abonado en toda deuda, que asegure el pago; y así desde los benditísimos penitentes de la Tebaida hasta los mas averiguados pecadores arrepentidos del siglo, tú te sabes bien que todos fueron al mismo sitio y lugar mencionados con todas sus cuentas.

— Sélo, dijo Sancho, y no lo entiendo; sino es que siempre hay en el mundo quien lleve la carga sin olerlo ni comerlo.

— Como dices, Sancho, al final de tu respuesta es menester proceder en este asunto, porque no puede ser de otra manera.

— ¡Aparta Diégo! exclamó Sancho. ¡Docientos azoticos como quién no dijo nada! ¡Y sobre éлло morena! Pues hágase cuénta su mercéd que tengo recibidos todos esos azotes que dice, y aún ótros tantos, sin quitar úno solo, y que doy al tráste con éлло y con toda mi escudería, y de aqui podrá sacarse cuénta fija de ló que pasará con lós ótros tres mil y trecientos, que será armar lá de Dios es Cristo y dar fin á esta história. El señor Merlin se sabe, como su merced, que són de tomarse en esta cuénta algunos mosqueós por azotes reáles y verdaderos; y asi fué la condicion expresa, y asi es en tódo este mundo, en él cuál háy muchos mas mosqueós que buenas cuéntas, y por éлло se pása, y lo ven tódos, y aún sirve ésto de mérito, prêmio y recompensa, cuanto mas de excelente cumplimiento.

— ¿Luégo mosqueáste? Sancho; dijo Don Quijote.

— Si mosqueé, ó no mosqueé, yó me lo sé y Dios tambien, dijo Sancho; y no escamonde su merced tanto la carne que se véan los huésos; y de barro fué hecho Adán, lós que són y lós que serán; y á ójo trabaja el cubero y cubas hace; y no hay número como el redondo, que menos miénte y es él más sonoro; y no des en ajustar que ótro tanto vas á errár; y de menos Dios nos hizo.

— Pero, Dulcinéa, Sancho, no aparece, y ésto no admite réplica ni circunlóquio.

— No sé lo que es cilóquio, dijo Sancho; pero sé que cuando me azoté iba yá su mercéd en decadencia, y fué vencido por él de la Blanca Luna, y los caballeros en tal estado, segun su mercéd, no discurren á derechas, ni tienen fuéro ni fuegos de caballería, ó como sea de decirse.

— ¡Distingo! dijo Don Quijote.

— ¡No hay distingio que válga aquí, dijo Sancho, sinó distinguir ló negro de ló blanco!

— Bien se conoce, Sancho, que no entiendes de argumentos, y desconoces el valor de ésa palabra. Sigo, pues, distinguiéndo fundamentalmente, y digo; los caballeros vencidos no ven á derechas, si ló fuéren por ótro que tál, *concedo; áliter, nego*.

— Pues, antójaseme, dijo Sancho, que ése belitre, es ótro que tál, y que bien báila.

— No es éso, herege, dijo Don Quijote; *áliter* no es belitre, sinó que significa «de otra manera»; y yó fui vencido por un encantamiento, y no por caballero alguno de carne y huésos; y si hubiere quién ló disputáre, lidiárgelo hé á pié ó á caballo, ó como le veniere en gana, y no tengamos ótra de batanes.

— Conozco y confieso, dijo Sancho, que no sólo argumenta su mercéd como álto caballero, sinó que es su señoría todo un argumento en persona; y que tiene muy más que razon en

todo cuanto dijo, aunque yó no ló entienda ni comprenda. Y de mí digo; ¡hermoso atár de rocín y atábale por la cóla! y contra peón hecho dama no háy piéza que páre en tabla; y mejor es pollino que me lleve, que caballo que me arrástre; y sobre negro no hay tintura; y mas válen abrojos que capirote en el ójo; y no hay estómago que sea un palmo mayor que ótro, el cual no pueda llenarse de paja y de heno; y háy matar las pulgas á mosquetazos: con ló que me doy á entender que anduve descaminado por hablar con la sabiduria de su señoría; y que és su merced el mas nóble y esforzado Caballero de toda la tierra.

— Fortísimo estas ahora, Sancho, en tus razones; en términos de dudar yó plenamente si eres, ó nó, el majagranzas que salió de tu aldea.

— Comida y tragada ésa me tenia yó yá, dijo Sancho; y vuésa señoría no se acuerda que vivo por dos veces, y, sobre todo, que fui gobernador de la Baratária.

— No se me olvida, Sancho, en modo alguno tu gobiérno; ántes sé, y bien sé, cuánta magnanimidad engendra la gerarquía, y cuanto la abyeccion apoca y empequeñece; y busca siémpre el buen áire en áltos montes, que ahogan y confunden los bájos sitios. Y sé del mismo modo, que el gobiérno debe de enseñar y adelantar mucho; pero también se me alcanza, que si éso así sér debe, no és lo que ordinariamente acontece en la história de los tiémpos, que es el lamento general de los gobernados. Y consiste en que no tódos gobernaron como tú, sinó que muchos tomaron este asunto por mayorazgo, trapisona y vana jactancia, siéndo, como lo és de suyo, para pócós, y sólo digno de aquéllos que no le quieren, que són lós únicos que saben conocerle.

Al número siguiente.

SECCION 2.^a

ROMANCES ESPAÑOLES.

SÁNCHO EL FUÉRTE DE NAVARRA.

VII.

Cazería africana.

Con Aben-Jucéf el moro
Vá á cazar Don Sancho el Fuérte
Cuando apenas la alborada
Por los montes amanece.

Monta el Rey á la gineta,
Como el africano suele,
El estribo recojido,
Los acicates salientes,
Lanza en cuja, y arco y dardo,
Con gumía sin lebreles.

Entre los bancales blancos
Tal vez se encuentra un torrente
De los lagos que rebosan
Sus aguas intermitentes,
Y en éllos la sed apagan,
Agarrados al alerce,

Los avestruces, las hiénas
Y chacales, que sostienen
Sangrienta y constante lucha
Con las águilas, que quieren
Cazar á salto, colgadas
De las ramas más salientes,
Peces y aves que aire y agua
Arrastran en su corriente.

Tal vez en el horizonte
Que en el arenal se pierde
Contra el cielo azul morado
Contrapuesto al limpio oriente,
Al salir del sol se observa
Negra mancha que se mueve
Esponjada por delante,
Por atrás seca y potente,
Arrastrando larga cola
Que surca la arena leve,
Y es la estampa del monarca
De la soledad ardiente
Segun lo dice el rugido
Cavernoso, rónico y fuerte.

Tal vez el gigante bruto
De las aves se aparece,
Caminante á paso largo,
Ayudándose frecuente
De sus impotentes alas
Sobre la planicie aleve,
Estirando imbécil cuello
Descabezado é inerme,
Segun el cráneo es chico
Mirando lo que ser debe:

O, tal vez, la íbis egipcia
Hasta allí su vuelo tiende
Y muestra su grave estampa,
Su tardo paso y solemne,
Al compás de las pisadas
Moviendo el pico saliente,
Vestida de hábito blanco
Y un golpe negro al filete
Del ala, la pierna roja,
Que en una sola se tiene.

Estas y otras africanas
Y desparramadas gentes
Por oasis y desiertos,
Por recuestos y dobleces
De un desierto, cual sus hombres,
Que á cada viento se tuérce,
Ha advertido el Rey Don Sancho,
Que segun el día viene
Y las sombras de la noche
Se derrumban á Occidente
Padece con los recuerdos
Y la soledad le véne.

Mucho tiempo há que de España
La memoria le reprinde,
Y por eso nunca piensa
Porque el pensamiento teme;
Y jamás gusta estar solo,
Sinó dado á mil quehaceres
Deleitosos todos ellos,
Amorosos casi siempre.

No ha sentido en los pensiles
Marroquies lo que hoy siente,
Porque en cuanto el moro astuto
Se figura que revuelve
Tristes imaginaciones
El temible, angusto huésped,
Propone alifaras ricas,
Pesquerías en jabeques,
Zángas, zámbras en algáras
Y casidas y algedreces,
Que sinó sácian al alma,
Sus dolores entretienen.

Hace ya más de dos horas
Que camina lentamente
La esforzada caravana
Hacia el sitio en donde suelen
Encontrar sus aventuras

Lós que cazan muchas veces,
Cuando sale de lo oscuro
Del terreno que está en frente
Un rugido, que al oírle
Los peñascos se estremecen.

Un grito salvaje brota
De la turba, que previene
Almaradas y gumias,
Azagayas y paveses,
Con que la fiera á la liza
Se arroja arrogantemente,
Sacudiendo la ancha cola,
Encendiendo los ardientes
Azules y verdes ojos,
Ascuas puras que moviéndose
Entre aquel pardo ropage
Erizado, espeso, agreste,
Con una y otra garra
Rásca el suelo en donde hiere.

Aben-Jucéf á carrera
Parte fiéro de repente
Contra el monstruo, y velóz lanza
Duro arpón que silva y hiende
El cuello de su adversario;
Y arrojándose en la muelle
Arena, con la que acaso
Se recubre y se defiende,
Al salto largo y seguro
De la fiera así hace frente,
Que rugiendo al otro lado
Del Rey moro á caer viene.

El Marroquí, en cuánto ha visto
Que al caer ya se adolece
La fiera y el nuevo salto
Ya retrasa más que quiere,
Dardo agudo astuto lanza
Al corazon, y á torrentes
Brota sangre el récio bruto
Que bramando se revuelve,
Y el arpón hace pedazos
Con la ira de sus dientes.

Aben-Jucéf ya no toma
Parte alguna en lo que réste
Del combate ya vencido
Cuerpo á cuerpo diéstramente;
Y su alazán ha pedido
A su esclavo, y monta y vuelve
A prevenir nuevas armas
Para nuevos accidentes.

En tanto la negra turba
Rodeando el casi inerme
Animal, que en sus dos manos
Apoyado aún se defiende,
Los pies doblados en tierra
Con su marfil reluciente,
Se arroja sobre la presa,
Mas fiera que la que muere,
Y acabándola la suben
Sobre el camello que tienen
Cubierto de roja ropa,
Que aun siendo animal, advierte
La régia carga que lleva,
Segun vá erguido y solemne.

El Rey Don Sancho ha observado
Como á un monarca se véne
Con la astucia y la sorpresa
Sin dejarle defenderse,
Y como después de herido
El corazon, es juguete
De la turba que rodéa
Sus esfuerzos impotentes.

Y dice entre sí: «¡Me válgas
Mi destino como suele,
Si el monarca no se salva
De los lazos que le tienden
Lós que solo con la astucia
Los leones acometen,
Y se esconden bajo el salto
De la fiera prepotente!

Y entónces bajo la sombra
De tres palmeras que muéve
Blandamente el áura mansa
Y nacen junto á una fuente,
Una pastora divisan
Que está abrevando sus reses.

Todas al águila se arrojan
Y ansiosas la linfa beben,
Y quitanse unas á otras
El sitio correspondiente,
Como si bastante águila
Aquel raudal no tuviese
Para saciar el deseo
Que aumenta la sed ardiente;
Y la pastora, temiendo
Que su corderillo quédese
Sediento, porque el ganado
Le atropella y es mas fuerte,
En una altamía blanca
De abedul como la nieve
Le dá de beber á mano
Y en sus brazos le sostiene

Reíase la agarena
Contemplando como bebe
La rescilla nacida
Dos dias há solamente;
Su linda presencia y gála
Y ademanes inocentes,
Cuando de lo alto del Atlas
Sus alas el viento tiende
Una águila real ceñuda,
Que cayendo de repente,
Velóz cual el pensamiento,
Sobre el corderillo, asiéndole
Del vellón, remonta el vuelo
Chillando de orgullo alevé.

Una lágrima mas bella
Que las perlas de la fuente
Colgada queda del párpado
De la mora, que aún sostiene
En su mano la altamía,
Cual si el cordero aún bebiese;
Pero ha visto el Rey Don Sancho
La alevosía, y haciéndose
Aún más veloz que la fiéra
Que orgullosa al viento asciende,
Aplica aguda saeta
Al arco, y cuando mas quiere
La reina de los espácios
Mejor huir, silva y hiende
El aire el certero acero
Que se clava, y dá la muerte
Al águila que gritando
Colérica al suelo viene.

Vé la pálida agarena
El suceso y no le créese
A fuerza de gozo tanto
Como ha sentido con verle;
Y arrojándose á las plantas
Del Rey, azorada ofrece
Por premio de favor tanto
La mas bella de sus reses.

Y contesta á la pastora
Con intencion Sancho el Fuerte:
«Harto és, pobre agarena,
El castigo del alevé,
Y lograr, porque es difícil,
Que la presa no se lléven
Las águilas del desierto
Traidoras, que no valientes;
Y tal accion otra cosa
Ni otro premio no merece
Que la lección y escarmiento
Que dá en las liéras que mueren».

Aben-Jucéf bája el rostro
Porque ya no le parece
La victoria de su caza
Tan brillante ni excelente.

Al número siguiente.

SECCION 3.^a

COSTUMBRES, FILOSOFÍA, CRÍTICA.

EL ATAJO.

Hé aquí la definicion de todo un pueblo: el más civilizado es el que desconoce completamente esta palabra. Y contad con que no hay atajo sin trabajo.

Las leyes naturales no tratan nunca con este diablo familiar, porque la naturaleza no puede nunca darse al diablo.

Para comer los frutos antes de su tiempo es menester ponerlos en conserva: para conservarles es preciso que hayan sido bien criados. Y no hay que molestarse.

Dicen que mi hijo es todo un sabio á los veinte y cuatro años; pero esto no me lo cuentan á mí, sinó á su tía, porque es la que le dá para libros.

Agradable fué la primavera llena de frutos; pero no trendriamos flores. No señor; el orden es, primero flores y después frutos. Lo raro es que tomen lo uno por lo otro; es decir, el rábano..... etc., etc.

Mi jardinero arregla claveles preciosos; y es que péga é interpone las hojas de unos en otros y hace mil diabluras; pero lo conocen.

Las abreviaturas confunden el lenguaje.

Voy á definir en dos solas palabras á un discípulo mío. «Un bodoque.» Su papá, sin embargo (porque no le tiene para decir cuando se le antoja), me habló de este modo.

— Usted ya habrá adivinado el talento de mi chiquitín.

— Todo eso es menester, señor Don Júdas.

— Pues bien: usted cuente con que el chico es el mismo enemigo. Me ha retratado de bulto, que es lo que háy que vér.

— No pongo duda en ello.

— Con que tengo pensado, á ser posible, procurarle siquiera una sillita en una secretaría de Estado.....

— (¡Que estado la espera, á la secretaría! Está vistó que no es toda la culpa de los chicos.)

— Porque ¡ya vé usted! la primavera también tiene y dá sus frutos.

— Cierto, Señor Don Júdas; pero son para refresco.

Los chicos siémpre ríen por causa del pícaro atajo. Si juegan á la escuela todos quieren ser maestros, y no se encuentran un discípulo por un ojo de la cara. Con esto no pueden jugar, y arman unos alborotos de mil diábolos. ¡Cosas de chicos!

Días pasados propusieron los míos formar una procesión. Me pareció bien la idea. Un mes han tardado en preparar la festividad solemne. Ya estaban adornados los estandartes, los santos, las insignias de las cofradías, los pendones y las cruces; pero, hete aquí que dice el mas pequenuelo de los nénes: «Yo soy el pápa»; y dije yo: «Esta procesion no sale de la iglesia». Y así sucedió. Cardenales hubo varios.

Y todos los días tenemos todavia procesion: ós decir por dentro.

El mayorcito quiere aprender á tocar el piano, y empezar por la sinfonía de Guillermo Tell. ¡De Telló! ¡Digo si habrá sinfonía!

El atajo es una longitud con latitud, pero sin profundidad (geométricamente considerado).

El atajo casó con la osadía.

El atajo, en fin, perdió su nombre: se llama, «hacer negocio».

La ley humana es el trabajo; el camino del trabajo el tiempo; la riqueza el fruto del trabajo: quien le mata pierde el tiempo y la riqueza.

El negocio es agráz. La primera cosa que necesita el placer verdadero y lícito es saber lo que vale; conocerle; tener la gloria de haberle legítimamente conquistado. El falsificador no goza con su moneda porque sabe que es falsa. Compra con ella fingidos goces, porque son hijos ilegítimos. Joyería de teatro.

La táctica del negocio es el golpe de efecto: la sociedad que viva de esos recursos se convierte en gran comedia de magia.

¡Bien háya el orden natural que en admirable camino y gradacion produce ese movimiento y armonia encantadora!

El vegetal tiene copa, tronco y raíces, y al fin de las raíces

ces esponjas. Estas se cargan de los jugos de la tierra, los tubos capilares absorben y elevan á lo mas alto esos jugos preciosos. Sin embargo, no sirven para la nutrición de la planta sino después de haber tomado de la atmósfera por los poros de las hojas la parte del aire que necesitan. El hombre tambien vive en dos medios como el vegetal; y sola la circulación descendente le nutre y satisface. ¡Luz celeste del deber!

Por eso los que mas bajos viven no reciben su alimento necesario; se hallan demasiado lejanos y se contentan con los últimos escasos restos que les dejaron los que habitan mas arriba. Entonces tratan de llenar el vacío con míseros recursos y pobres artificios.

¡Triste de la vida que no tiene más amparo que los golpes de efecto! Al hombre no le levanta lo que él se sube; sino lo que se baja.

SECCION 4.ª

VARIEDADES.

Solucion de la charada del número anterior.

Ser—vi—lle—ta.

CHARADA.

1.ª y 2.ª

Es lo que le están diciendo sin cesar al hombre, al mundo, al Universo. Una cosa inevitable: cosa que se hace sin querer.

3.ª y 4.ª

Lo que consigue el hombre oponiéndose á las leyes naturales. Lo que hace la tierra en la atmósfera.

1.ª, 2.ª y 3.ª

El nombre del hombre sin corazón; ó mejor dicho, del egoísta.

2.ª y 4.ª

La voz del cielo sobre la tierra.

EL TODO.

La elocuencia de Demóstenes; la de Lepanto.

Respuestas á preguntas de este periódico.

¿Qué son las pasiones?

—Figuráos un bûque de alto bôrdo en el mar; el bûque es el hombre; el mar el mundo. El navio necesita para moverse y volar la vëla y el vapôr: el vapôr y la vëla del hombre son las pasiones. Pero las pasiones necesitan timôn y brújula como el bûque.

Todo hombre, todo pueblo sin pasiones es el último punto de imbecilidad y de la estupidez: bûque sin vëla, navio sin movimiento. Por lo tanto, toda filosofia que tiende directa ó indirectamente á matar las pasiones, es una filosofia irracional y que se opone directamente á la naturaleza.

Rára es la escuela que ha sabido salvarse de este escollo. La estôica, ó retraída, es la única que puede dar de sí un tiempo como él de Cárlos segundo.

El primer cuidado debe siempre ser él de levantar, sostener, dirigir las pasiones del hombre: él que las tiene más altas es el héroe.

La exageracion de las doctrinas conduce á la muerte de las pasiones y á la ignorancia. Las más nobles teorías han venido á caer en tan lamentable estado.

Pueblo con pasiones gran pueblo: pueblo sin ellas pueblo abyecto. ¿Hay pasiones? ¿se nos han dado? ¿existen? luego son necesarias. Unicamente se trate de dirigir las.

Lo contrario de la magnanimidad es la pusilanimidad. La nulidad.

¿Qué es civilizacion?

—El mas perfecto desarrollo de las facultades del alma. La sensibilidad dá las artes; y la inteligencia la ciencia; la voluntad la energia para obrar el bien. Matar las artes, la ciencia, la voluntad es ir por atajo y por la posta á la barbarie. Las dificultades que se encuentran en el camino de fin tan grande son los eriales, los desiertos, las montañas del caminante de la tierra; y sin estas lujosas, opulentas, sublimes contrariedades la vida fuera la estática imbecilidad.

¿Qué se entiende por la palabra economia?

—Economizar todo lo que sea el mal; nada de lo que sea el bien. Economizado el mal, todos somos ricos. De modo que no hay otro mal gasto sino el que se hace contra las leyes que rigen el mundo. El rey de los males es la ignorancia. Podrá resultar que una obligacion sea primero que otra; es decir, mas preferente: este escollo le evita la civilizacion: podrá acontecer un apuro imprevisto: le salva bastante el buen saber. La pobreza es siempre la consecuencia del vicio ó del error. El error á que involuntariamente está expuesto el hombre no es el mas trascendental. Tiene remedio.

Muchos economistas se aturden al pensar que ciertas medidas han salvado toda una nacion, con ser ellas cortas, al parecer, insuficientes, pequeñas. Si han evitado el mal han sido las mejores posibles.

¿Cuál es el espíritu del siglo?

—El pensamiento. Pasada la primera época guerrera; predados en la segunda los principios fundamentales y salvadores de la sociedad, llegó la tercera que es la analítica y razonadora. Es la lógica de los tiempos.

El pensamiento conduce á los medios de conseguir el fin, que es la civilizacion: la ciencia y el arte van unidos.

El Istmo de Suéz se rompe; se separarán las Américas; se taladrarán los Alpes, vuëla el pensamiento por la tierra y por la atmósfera; los sistemas geográficos se allanan; nada parece imposible. Una exposicion universal es ya el compendio del Universo. Este es el buen método. Es lo que se hace para estudiar; escribir libros de texto, que en pocas páginas contengan muchos volúmenes.

Las almas pequeñas se asustan de esto: ¿sabeis por qué? porque no tienen pasiones. ¿Qué es sin ellas el mundo? El quietismo: la antitesis de la verdad.

¿Qué diferencia existe entre la ciencia y el arte?

—La del presidente. El arte necesita tan profundos conocimientos como cualquiera de las ciencias para llamarse tal; y mas universales. Con todo, el presidente del arte es el génio; él de la ciencia es la fría razon. Pero siempre será mas apropiado para la sociedad de los hombres el que supo unir lo útil á lo agradable. Este método valiô á Platón el sobrenombre de divino. Natural es en el hombre temer, rehusar la dificultad, y el maestro mejor es él que mas allana y suaviza el camino. No háy verdad, por abstracta que sea, que no pueda dulcificarse; que no tenga una hermosa cara, porque es la verdad. Los temperamentos áridos no quieren convenir con esta clara y verdadera filosofia. La ciencia no es un martirio.

Preguntas al que quiera responder.

—¿Las facultades del alma humana tienen su representacion en el mundo?

—¿Cuál es la filosofia de la pasión del amor?

—¿Cuál es el destino de la mujer?

—¿Se repiten dos épocas de la historia?

—¿Por qué la decadencia de nuestra raza?

—¿Cuál es el mejor plan de instruccion pública?

—¿Cuál es el mayor mal de la lotería?

Céntró de suscripciones en Madrid: la casa del Sr. D. Leocadio Lopez, calle del Cármen, núm. 29.

Los Señores del comercio de libros y particulares que deseen números de este periódico dirigirán sus pedidos á la Redaccion, Avellanos, 3-2.º—Burgos, librando el importe.

Céntró de suscripciones en Burgos, la casa del Sr. D. Timoteo Arnaiz, plaza del Mercado, núm. 17.

REDACCION—BURGOS—Calle de los Avellanos, núm. 3-2.º

DIRECTOR Y EDITOR D. José Martinez Rives.

BURGOS: IMPRENTA DE D. T. ARNAIZ, Plaza del Mercado, n.º 17.